

POESIAS



SÁTIRAS Y EPÍSTOLAS

Á ARNESTO

¿Quis tam patiens ut teneat se?
(JUVENAL.)

Déjame, Arnesto, déjame que llore
los fieros males de mi patria, deja
que su ruina y perdición lamente;
y si no quieres que en el centro obscuro
de esta prisión la pena me consuma,
déjame al menos que levante el grito
contra el desorden; deja que á la tinta
mezclando hiel y acíbar, siga indócil
mi pluma el vuelo del bufón de Aquino.
¡ Oh! ¡ cuánto rostro veo, á mi censura,
de palidez y de rubor cubierto!
Ánimo, amigos, nadie tema, nadie
su punzante aguijón; que yo persigo
en mi sátira al vicio, no al vicioso.
¿ Y qué querrá decir que en algún verso,
encrespada la bilis, tire un rasgo,
que el vulgo crea que señala á Alcinda,
la que olvidando su orgullosa suerte,
baja vestida al Prado, cual pudiera

una maja con trueno y rascamoño,
alta la ropa, erguida la caramba,
cubierta de un cendal más transparente
que su intención, á ojeadas y meneos
la turba de los tontos concitando?
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el más noble
atributo del vicio, y nuestras Julias,
más que ser malas, quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
dorando los delitos; hubo un tiempo
en que el recato tímido cubría
la fealdad del vicio; pero huyóse
el pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos días,
que ya no volverán; huyó aquel siglo
en que aun las necias burlas de un marido
las bascuñanas crédulas tragaban;
mas hoy Alcinda desayuna al suyo
con ruedas de molino; triunfa, gasta,
pasa saltando las eternas noches
del crudo enero, y cuándo el sol tardío
rompe el oriente, admírala golpeando,
cual si fuese una extraña, al propio quicio.
Entra barriendo con la undosa falda
la alfombra; aquí y allí cintas y plumas
del enorme tocado siembra, y sigue
con débil paso soñolienta y mustia,
yendo aún Fabio de su mano asido
hasta la alcoba, donde á pierna suelta
ronca el cornudo y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio
erupto le perturban. Á su hora
despierta el necio, silencioso deja
la profanada holanda, y guarda atento
á su asesina el sueño mal seguro.
¡Cuántas, oh Alcinda, á la coyunda uncidas,
tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo
buscan el yugo por lograr tu suerte,

y sin que invoquen la razón, ni pese
su corazón los méritos del novio,
el sí pronuncian y la mano alargan
al primero que llega! ¡Qué de males
esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
por la discordia con infame soplo
al pié del mismo altar, y en el tumulto,
brindis y vivas de la tornaboda,
una indiscreta lágrima predice
guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
el velo conyugal, y que corriendo
con la impudente frente levantada,
va el adulterio de una casa en otra;
zumba, festeja, ríe, y descarado
canta sus triunfos, que tal vez celebra
un necio esposo, y tal del hombre honrado
hieren con dardo penetrante el pecho,
su vida abrevian, y en la negra tumba
su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡Oh viles almas! ¡oh virtud! ¡oh leyes!
¡oh pundonor mortífero! ¿Qué causa
te hizo fiar á guardas tan infieles
tan preciado tesoro? ¿quién, oh Temis,
tu brazo sobornó? Le mueves cruda
contra las tristes víctimas, que arrastra
la desnudez ó el desamparo al vicio;
contra la débil huérfana, del hambre
y del oro acosada, ó al halago,
la seducción y el tierno amor rendida;
la expilas, la deshonoras, la condenas
á incierta y dura reclusión; ¡y en tanto
ves, indolente, en los dorados techos
cobijado el desorden, ó le sufres
salir en triunfo por las anchas plazas,
la virtud y el honor escarneciendol
¡Oh infamial ¡oh siglo! ¡oh corrupción! Matronas
castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias

en Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
 Océano, ni, lleno de peligros,
 el Lilibeo, ni las arduas cumbres
 de Pirene pudieron guareceros
 del contagio fatal? Zarpa preñada
 de oro la nao gaditana, aporta
 á las orillas gálicas, y vuelve
 llena de objetos fútiles y vanos;
 y entre los signos de extranjera pompa
 ponzoña esconde y corrupción, compradas
 con el sudor de las iberas frentes;
 y tú, mísera España, tú la esperas
 sobre la playa, y con afán recoges
 la pestilente carga y la repartes
 alegre entre tus hijos. Viles plumas,
 gasas y cintas, flores y penachos
 te trae en cambio de la sangre tuya:
 de tu sangre, ¡oh baldón! y acaso, acaso
 de tu virtud y honestidad. Repara
 cuál la liviana juventud los busca.
 Mira cuál va con ellos engreída
 la impudente doncella; su cabeza,
 cual nave real en triunfo empavesada,
 vana presenta del favonio al soplo
 la miés de plumas y de airones, y anda
 loca, buscando en la lisonja el premio
 de su indiscreto afán. ¡Ay triste! guarte,
 guarte, que está cercano el precipicio.
 El astuto amator ya en asechanza
 te atisba y sigue con lascivos ojos;
 la adulación y la caricia el lazo
 te van á armar, do caerás incauta,
 en él tu oprobio y perdición hallando.
 ¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
 te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
 será y estéril tu arrepentimiento!
 Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
 del nunca exhausto Potosí no bastan
 á saciar el hidrópico deseo,
 la ansiosa sed de vanidad y pompa.

Todo lo agotan; cuesta un sombrerillo
 lo que antes un estado, y se consume
 en un festín la dote de una infanta;
 todo lo tragan; la riqueza unida
 va á la indigencia; pide y pordiosea
 el noble, engaña, empeña, malbarata,
 quiebra y perece, y el logrero goza
 los pingües patrimonios, premio un día
 del generoso afán de altos abuelos.
 ¡Oh ultraje! ¡oh mengua! todo se trafica;
 parentesco, amistad, favor, influjo,
 y hasta el honor, depósito sagrado,
 ó se vende ó se compra. Y tú, belleza,
 dón el más grato que dió al hombre el cielo,
 no eres ya premio del valor, ni paga
 del peregrino ingenio; la florida
 juventud, la ternura, el rendimiento
 del constante amator ya no te alcanzan.
 Ya ni te das al corazón, ni sabes
 de él recibir adoración y ofrendas.
 Ríndeste al oro. La vejez hedionda,
 la sucia palidez, la faz adusta,
 fiera y terrible, con igual derecho
 vienen sin susto á negociar contigo.
 Daste al barato, y tu rosada frente,
 tus suaves besos y tus dulces brazos,
 corona un tiempo del amor más puro,
 son ya una vil y torpe mercancía.

AL MISMO

*Perit omnis in illo
 Nobilitas, cujus laus est in origine sola.
 (LUCAN., Carm. ad Pisan.)*

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
 de pardomonte envuelto, con patillas
 de tres pulgadas, afeado el rostro,
 magro, pálido y sucio, que al arrimo

de la esquina de enfrente nos acecha
 con aire sesgo y baladí? Pues ese,
 ese es un nono nieto del rey Chico.
 Si el breve chupetín, las anchas bragas
 y el albornoz, no sin primor terciado,
 no te lo han dicho; si los mil botones
 de filigrana berberisca, que andan
 por los confines del jubón perdidos,
 no lo gritan; la faja, el guadigeño,
 el arpa, la bandurria y la guitarra
 lo cantarán; no hay duda; el tiempo mismo
 lo testifica. Atiende á sus blasones:
 sobre el portón de su palacio ostenta,
 grabado en berroqueña, un ancho escudo
 de medias lunas y turbantes lleno.
 Nácenle al pié las bombas y las balas
 entre tambores, chuzos y banderas,
 como en sombrío matorral los hongos.
 El águila imperial con dos cabezas
 se ve picando del morrión las plumas
 allá en la cima, y de uno y otro lado,
 á pesar de las puntas asomantes,
 grifo y león rampantes le sostienen.
 Ve aquí sus timbres; pero sigue, sube,
 entra, y verás colgado en la antesala
 el árbol gentilicio, ahumado y roto
 en partes mil; empero de sus ramas,
 cual suele el fruto en la pomposa higuera,
 sombreros penden, mitras y bastones.
 En procesión aquí y allí caminan
 en sendos cuadros los ilustres deudos,
 por hábil brocha al vivo retratados.
 ¡Qué gregüescos! ¡qué caras! ¡qué bigotes!
 El polvo y telarañas son los gajes
 de su vejez. ¿Qué más! hasta los duros
 sillones moscovitas y el chinesco
 escritorio, con ámbar perfumado,
 en otro tiempo de marfil y nácar
 sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
 la ancianidad de su solar pregonan.

Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
 que aunque embozado y en castaña el pelo,
 nada les debe á Ponces ni Guzmanes.
 No los aprecia, tiénese en más que ellos,
 y vive así. Sus dedos y sus labios,
 del humo del cigarro encallecidos,
 índice son de su crianza. Nunca
 pasó del Be á Ba. Nunca sus viajes
 más allá de Jetafe se extendieron;
 fué antaño allá por ver unos novillos
 junto con Pacotrigo y la Caramba;
 por señas, que volvió ya con estrellas,
 beodo por demás, y durmió al raso.
 Examínale, ¡oh idiota! nada sabe.
 Trópicos, éra, geografía, historia
 son para el pobre exóticos vocablos.
 Díle que dende el hondo Pirineo
 corre espumoso el Betis á sumirse
 de Ontígola en el mar, ó que cargadas
 de almendra y goma las inglesas quillas,
 surgen en puerto Lápichi, y se levantan
 llenas de estaño y de abadejo; ¡oh! todo,
 todo lo creará, por más que añadas
 que fué en las Navas Witiza el santo
 deshecho por los celtas, ó que invicto
 triunfó en Aljubarrota Mauregato.
 ¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
 ni aun leyó el catecismo! Mas no creas
 su memoria vacía. Oye, y diráte
 de Cándido y Marchante la proge;nie;
 quién de Romero ó Costillares saca
 la muleta mejor, y quién más limpio
 hiere en la cruz al bruto jarameño.
 Haráte de Guerrero y la Catuja
 larga memoria, y de la malograda,
 de la divina Ladvenant, que ahora
 anda en campos de luz paciando estrellas,
 la sal, el garabato, el aire, el chiste,
 la fama y los ilustres contratiempos
 recordará con lágrimas. Prosigue,

si esto no basta, y te dirá qué año,
 qué ingenio, qué ocasión dió á los chorizos (1)
 eterno nombre, y cuántas cuchilladas
 dadas de día en día, tan pujantes
 sobre el triste polaco los mantienen.
 Ve aquí su ocupación; esta es su ciencia.
 No la debió ni al dómine, ni al tonto
 de su ayo mosén Marc, sólo ajustado
 para irle en pos cuando era señorito.
 Debióselá á cocheros y lacayos,
 dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos,
 de su niñez perennes compañeros;
 mas sobre todo á Pericuelo el paje,
 mozo avieso, chorizo y pepillista
 hasta morir, cuando le andaba en torno.
 De él aprendió la jota, la guaracha,
 el bolero, y en fin música y baile.
 Fuéle también maestro algunos meses
 el sota Andrés, chispero de la huerta,
 con quien, por orden de su padre, entonces
 pasar solía tardes y mañanas
 jugando entre las mulas. Ni dejaste
 de darle tú santísimas lecciones,
 ¡oh Paquita! después de aquel trabajo
 de que el Refugio te sacó, y su madre
 te ajustó por doncella; ¡tanto puede
 la gratitud en generosos pechos!
 De ti aprendió á reirse de sus padres,
 y á hacer al pedagogo la mamola,
 á pellizcar, á andar al escondite,
 tratar con cirujanos y con viejas,
 beber, mentir, trampear, y en dos palabras,
 de ti aprendió á ser hombre, y de provecho.
 Si algo más sabe, débelo á la buena
 de doña Ana, patrón de zurcidoras,
 piadosa como Enone, y más chuchera

(1) Recuérdese que con el nombre de *chorizos* se designaba á los partidarios del teatro del Príncipe, y que los *polacos*, de que se habla después, eran los apasionados al de la Cruz.

que la embaidora Celestina. ¡Oh cuánto
 de ella alcanzó! Del Rastro á Maravillas,
 del alto de San Blas á las Bellocas,
 no hay barrio, calle, casa ni zahurda
 á su padrón negado. ¡Cuántos nombres
 y cuáles vido en su librete escritos!
 Allí leyó el de Cándida la invicta,
 que nunca se rindió, la que una noche
 venció.

Allí el de aquella siete veces virgen,
 más que por esto, insigne por sus robos,
 pues que en un mes empobreció al Indiano,
 y chupó á un escocés tres mil guineas,
 veinte acciones de banco y un navío.
 Allí aprendió á temer el de Belisa
 la venenosa.

Y allí también en torpe mescolanza
 vió de mil bellas las ilustres cifras,
 nobles, plebeyas, majas y señoras,
 á las que vió nacer el Pirineo,
 desde Junquera hasta do muere el Miño,
 y á las que el Ebro y Turia dieron fama,
 y el Darro y Betis todos sus encantos;
 á las de rancio y perdurable nombre,
 ilustradas con turca y sombrerillo,
 simón y paje, en cuyo abono sudan
 bandas, veneras, gorras y bastones
 y aun (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos,
 y en fin, á aquellas que en nocturnas zambras,
 al són del cuerno congregadas dieron
 fama á la Unión.

¡Ah! cuánto allí la cifra de tu nombre
 brillaba, escrita en caracteres de oro,
 ¡oh Cloe! Él solo deslumbrar pudiera
 á nuestro jaque, apenas de las uñas
 de su doncella libre. No adornaban
 tu casa entonces, como ogaño, ricas

telas de Italia ó de Cantón, ni lustrós
venidos del Adriático, ni alfombras,
sofá otomano ó muebles peregrinos.
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,
la simia, il pappagallo, e la spineta.
La salserilla, el sahumador, la esponja,
cinco sillas de enea, un pobre anafe,
un bufete, un velón y dos cortinas
eran todo tu ajuar, y hasta la cama,
do alzó después tu trono la fortuna,
¡quién lo diría! entonces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo, y dióte
á dos por tres la escandalosa suma
que treinta años de afanes y de ayuno
costó á tu padre. ¡Oh! cuánto tus jubones,
de perlas y oro recamados, cuánto
tus francachelas y tripudios dieron
en la cazuela, el Prado y los tendidos
de escándalo y envidia! Como el humo
todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡Pobre galán! ¡qué paga tan mezquina
se dió á tu amor! ¡cuán presto le feriaron
al último doblón el postrer beso!
Viérasle, Arnesto, desolado; vieras
cuál iba humilde á mendigar la gracia
de su perjura, y cuál correspondía
la infiel con carcajadas á su lloro!
No hay medio: le plantó; quedó por puertas.
¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle
un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
esperanza le anima. ¡Ah! salió vana.
Marró la cuarta sota; adiós, bolsillo.
Toma un censo, adelante; mas perdióle
al primer trascartón, y*quedó asperges.
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita.
se halla ¡oh Zulem Zegrí! tu nono nieto.
¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia
un alfeñique perfumado y lindo,
de noble traje y ruines pensamientos?

Admiran su solar el alto Auseva,
Linia, Pamplona ó la feroz Cantabria,
mas se educó en Sorez; París y Roma
nueva fe le infundieron, vicios nuevos
le inocularon; cátales perdido.
No es ya el mismo; ¡oh, cuál otro el Bidasoa
tornó á pasar! cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz galimatías?
Ni Du Marsais ni Aldrete le entendieran.
Mira cuál corre, en polisón vestido,
por las mañanas de un burdel á otro,
y entre alcahuetas y rufianes bulle.
No importa, viaja incógnito con palo,
sin insignias y en frac; nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
desde una milla... ¡Oh, cómo el sol chispea
en el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesies
sobre la negra crin de los frisonés!
Visita, come en noble compañía,
al Prado, á la luneta, á la tertulia,
y al garito después. ¡Qué linda vida,
digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
y sin tocar á los cuarenta abríles
la mano del placer le hundió en la huesa.
¡Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,
la vejez se anticipa, le sorprende,
y en cínica é infame soltería,
solo, aburrido y lleno de amarguras,
la muerte invoca, sorda á su plegaria.
Si antes al ara de himeneo acoge
su delincuente corazón, y el resto
de sus amargos días le consagra,
¡triste de aquella que á su yugo uncido
víctima cae! Los primeros meses
la lleva en triunfo acá y allá; la mima,
la galantea... Palco, galas, dijés,
coche á la inglesa, ¡miseros recursos!
El buen tiempo pasó; del vicio infame

corre en sus venas la cruel ponzoña.
 Tímido, exhausto, sin vigor... ¡oh rabia!
 el tálamo es su potro. Mira, Arnesto,
 cual desde Gades á Brigancia el vicio
 ha inficionado el germen de la vida,
 y cuál su virulencia va enervando
 la actual generación! Apenas de hombres
 la forma existe... ¿Adónde está el forzado
 brazo de Villandrando? ¿Dó de Argüello
 ó de Paredes los robustos hombros?
 El pesado morrión, la penachuda
 y alta cimera ¿acaso se forjaron
 para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
 sobre la cuera y la enmallada cota
 vestir ya el duro y centellante peto?
 Quién enristrar la ponderosa lanza?
 Quién... Vuelve, ¡oh fiero berberisco! vuelve,
 y otra vez corre desde Calpe al Deva,
 que ya Pelayos no hallarás, ni Alfonsos,
 que te resistan; débiles pigmeos
 te esperan; de tu corva cimitarra
 al solo amago caerán rendidos.
 ¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
 los timbres y blasones? ¿De qué sirve
 la clase ilustre, una alta descendencia,
 sin la virtud? Los nombres venerados
 de Laras, Tellos, Haros y Girones,
 ¿qué se hicieron? ¿Qué ingenio ha deslucido
 la fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
 á quienes fía su defensa el trono?
 ¿Es esta la nobleza de Castilla?
 Es este el brazo, un día tan temido,
 en quien libraba el castellano pueblo
 su libertad? ¡Oh vilipendio! oh siglo!
 Faltó el apoyo de las leyes; todo
 se precipita; el más humilde cieno
 fermenta, y brota espíritus altivos,
 que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
 ¿Qué importa? Venga denodada, venga
 la humilde plebe en irrupción, y usurpe

lustre, nobleza, títulos y honores.
 Sea todo infame behetría; no haya
 clases ni estados. Si la virtud sola
 les puede ser antemural y escudo,
 todo sin ella acabe y se confunda.

FABIO Á ANFRISO (1)

Credibile est illi Numen inesse loco.
 (OVIDIO.)

Desde el oculto y venerable asilo,
 Do la virtud austera y penitente
 Vive ignorada, y del liviano mundo
 huída, en santa soledad se esconde,
 el triste Fabio al venturoso Anfriso
 salud en versos flébiles envía;
 salud le envía á Anfriso, al que inspirado
 de las mantuanas musas, tal vez suele
 al grave són de su celeste canto
 precipitar del viejo Manzanares
 el curso perezoso, tal süave
 suele ablandar con amorosa lira
 la altiva condición de sus zagalas.
 ¡Pluguiera á Dios, oh Anfriso, que el cuitado,
 á quien no dió la suerte tal ventura,
 pudiese huir del mundo y sus peligros!
 ¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
 logró arribar á puerto tan seguro,
 que esconderla supiera en este abrigo,
 á tanta luz y ejemplos enseñado!
 Huyera así la furia tempestuosa
 de los contrarios vientos, los escollos
 y las fieras borrascas, tantas veces
 entre sustos y lágrimas corridas.
 Así también del mundanal tumulto
 lejos, y en estos montes guarecido,

(1) El duque de Veraguas, don Mariano Colón.

alguna vez gozara del reposo,
 que hoy desterrado de su pecho vive.
 Mas ¡ay de aquel que hasta en el santo asilo
 de la virtud arrastra la cadena,
 la pesada cadena, con que el mundo
 oprime á sus esclavos! Ay del triste
 en cuyo oído suena con espanto,
 por esta oculta soledad rompiendo,
 de su señor el imperioso grito!
 Busco en estas moradas silenciosas
 el reposo y la paz, que aquí se esconden,
 y sólo encuentro la inquietud funesta,
 que mis sentidos y razón conturba.
 Busco paz y reposo, pero en vano
 los busco, oh caro Anfriso; que estos dones,
 herencia santa, que al partir del mundo
 dejó Bruno en sus hijos vinculada,
 nunca en profano corazón entraron
 ni á los parciales del placer se dieron.
 Conozco bien que fuera de este asilo
 sólo me guarda el mundo sinrazones,
 vanos deseos, duros desengaños,
 susto y dolor; empero todavía
 á entrar en él no puedo resolverme.
 No puedo resolverme, y despechado,
 sigo el impulso del fatal destino,
 que á muy más dura esclavitud me guía.
 Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
 por todas partes los pesados grillos,
 que de la ansiada libertad me privan.
 De afán y angustia el pecho traspasado,
 pido á la muda soledad consuelo,
 y con dolientes quejas la importuno.
 Salgo al ameno valle, subo al monte,
 sigo del claro río las corrientes,
 busco la fresca y deleitosa sombra,
 corro por todas partes, y no encuentro
 en parte alguna la quietud perdida.
 ¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos,
 cansados de llorar, presenta el cielo!

Rodeado de frondosos y altos montes
 se extiende un valle, que de mil delicias
 con sabia mano ornó naturaleza.
 Pártele en dos mitades, despeñado
 de las vecinas rocas, el Lozoya,
 por su pesca famoso y dulces aguas.
 Del claro río sobre el verde margen
 crecen frondosos álamos, que al cielo
 ya erguidos alzan las plateadas copas,
 ó ya sobre las aguas encorvados
 en mil figuras, miran con asombro
 su forma en los cristales retratada.
 De la siniestra orilla un bosque umbrío
 hasta la falda del vecino monte
 se extiende, tan ameno y delicioso,
 que le hubiera juzgado el gentilismo
 morada de algún dios, ó á los misterios
 de las silvanas Driadas guardado.
 Aquí encamino mis inciertos pasos,
 y en su recinto umbrío y silencioso,
 mansión la más conforme para un triste,
 entro á pensar en mi cruel destino.
 La grata soledad, la dulce sombra,
 el aire blando y el silencio mudo
 mi desventura y mi dolor adulan.
 No alcanza aquí del padre de las luces
 el rayo acechador, ni su reflejo
 viene á cubrir de confusión el rostro
 de un infeliz en su dolor sumido.
 El canto de las aves no interrumpe
 aquí tampoco la quietud de un triste,
 pues sólo de la viuda tortolilla
 se oye tal vez el lastimero arrullo,
 tal vez el melancólico trinado
 de la angustiada y dulce Filomena.
 Con blando impulso el céfiro suave,
 las copas de los árboles moviendo,
 recrea el alma con el manso ruido;
 mientras al dulce soplo desprendidas
 las agostadas hojas, revolando,

bajan en lentos círculos al suelo;
 cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
 que al árbol adornara en primavera,
 yace marchita, y muestra los rigores
 del abrasado estío y seco otoño.
 Así también de juventud lozana
 pasan, oh Anfriso, las livianas dichas.
 Un soplo de inconstancia, de fastidio
 ó de capricho femenino las tala
 y lleva por el aire, cual las hojas
 de los frondosos árboles caídas.
 Ciegos empero, y tras su vana sombra
 de continuo exhalados, en pos de ellas
 corremos hasta hallar el precipicio,
 do nuestro error y su ilusión nos guían.
 Volamos en pos de ellas, como suele
 volar á la dulzura del reclamo
 incauto el pajarillo. Entre las hojas
 el preparado visco le detiene;
 lucha cautiva por huir, y en vano;
 porque un traidor, que en asechanza atisba,
 con mano infiel la libertad le roba,
 y á muerte le condena, ó cárcel dura.
 ¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos
 un pronto desengaño corrió el velo
 de la ciega ilusión! Una y mil veces
 dichoso el solitario penitente,
 que, triunfando del mundo y de sí mismo,
 vive en la soledad libre y contento!
 Unido á Dios por medio de la santa
 contemplación, le goza ya en la tierra;
 y retirado en su tranquilo albergue,
 observa reflexivo los milagros
 de la naturaleza, sin que nunca
 turben el susto ni el dolor su pecho.
 Regálanle las aves con su canto,
 mientras la aurora sale refulgente
 á cubrir de alegría y luz el mundo.
 Nácele siempre el sol claro y brillante,
 y nunca á él levanta conturbados

sus ojos, ora en el oriente raye,
 ora del cielo á la mitad subiendo,
 en pompa guíe el reluciente carro,
 ora con tibia luz, más perezoso
 su faz esconda en los vecinos montes.
 Cuando en las claras noches cuidadoso
 vuelve desde los santos ejercicios,
 la plateada luna en lo más alto
 del cielo mueve la luciente rueda
 con augusto silencio; y recreando
 con blando resplandor su humilde vista,
 eleva su razón, y la dispone
 á contemplar la alteza y la inefable
 gloria del Padre y Criador del mundo.
 Libre de los cuidados enojosos
 que en los palacios y dorados techos
 nos turban de continuo, y entregado
 á la inefable y justa Providencia,
 si al breve sueño alguna pausa pide
 de sus santas tareas, obediente
 viene á cerrar sus párpados el sueño
 con mano amiga, y de su lado ahuyenta
 el susto y las fantasmas de la noche.
 ¡Oh suerte venturosa, á los amigos
 de la virtud guardada! Oh dicha, nunca
 de los tristes mundanos conocida!
 Oh monte impenetrable! Oh bosque umbrío!
 Oh valle deleitoso! Oh solitaria,
 taciturna mansión! Oh quién, del alto
 y proceloso mar del mundo huyendo
 á vuestra eterna calma, aquí seguro
 vivir pudiera siempre y escondido!
 Tales cosas revuelvo en mi memoria,
 en esta triste soledad sumido.
 Llega en tanto la noche, y con su manto
 cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
 á los medrosos claustros. De una escasa
 luz el distante y pálido reflejo
 guía por ellos mis inciertos pasos,
 y en medio del horror y del silencio,

¡oh fuerza del ejemplo portentosa!
 mi corazón palpita, en mi cabeza
 se erizan los cabellos, se estremecen
 mis carnes, y discurre por mis nervios
 un súbito rigor que los embarga.
 Parece que oigo que del centro oscuro
 sale una voz tremenda, que rompiendo
 el eterno silencio, así me dice:
 «Huye de aquí, profano; tú, que llevas
 de mundanas pasiones lleno el pecho,
 huye de esta morada, do se albergan
 con la virtud humilde y silenciosa
 sus escogidos; huye, y no profanes
 con tu planta sacrílega este asilo.»
 De aviso tal al golpe confundido,
 con paso vacilante voy cruzando
 los pavorosos tránsitos, y llego
 por fin á mi morada, donde ni hallo
 el ansiado reposo, ni recobran
 la suspirada calma mis sentidos.
 Lleno de congojosos pensamientos
 paso la triste y perezosa noche
 en molesta vigilia, sin que llegue
 á mis ojos el sueño, ni interrumpen
 sus regalados bálsamos mi pena.
 Vuelve por fin con la risueña aurora
 la luz aborrecida, y en pos de ella,
 el claro día á publicar mi llanto,
 y dar nueva materia al dolor mío.



SONETOS

Á ENARDA

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda! sea,
 menos de ti, de todos ignorada;
 que ande en silencio y sombras embozada,
 y ningún necio mofador la vea.

Sea yo dichoso, y más que nadie crea
 que es con tu amor mi fe recompensada;
 que no, por ser de muchos envidiada,
 crece la dicha á más sublime idea.

Amor es un afecto misterioso,
 que nace entre secretas confianzas,
 mas muere al soplo de mordaz censura;

Y sólo aquel que logra, ni envidioso
 ni envidiado, cumplir sus esperanzas,
 colma su gozo y fija su ventura.

Á LA MAÑANA

Vén, ceñida de rayos y de flores
 la rósea frente ¡oh plácida mañana!
 vén, y ahuyenta con tu faz galana
 la perezosa noche y sus horrores;